

FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSSI

REMEDIOS DE ANTAÑO

A detailed illustration of a red chili pepper and a purple mortar and pestle. The chili pepper is positioned horizontally above the mortar. The mortar is a purple ceramic bowl with two small knobs on its sides, and the pestle is a purple wooden rod with a flared top, resting inside the mortar. The background features faint sketches of botanical specimens, including what appears to be a green leafy plant and several dried, brownish seed pods on thin stems.

Episodios de la
historia
de la
medicina

POPULAR

COLECCIÓN POPULAR

709

REMEDIOS DE ANTAÑO

FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSSÍ

Remedios de antaño

EPISODIOS DE LA HISTORIA
DE LA MEDICINA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2012

[Primera edición en libro electrónico, 2013]

González Crussí, Francisco

Remedios de antaño. Episodios de la historia de la medicina /

Francisco González Crussí. — México : FCE, 2012

246 p. : ilus. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 709)

ISBN 978-607-16-1107-9

1. Medicina – Historia I. Ser. II. t.

LC R133

Dewey 610.9 G644r

Distribución mundial

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-1107-9 (rústico)

ISBN 978-607-16-1275-5 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-4817-4 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
I. El cuerpo humano como medicamento	11
II. El enema	40
III. Triacas y mitridatos	80
IV. La sangría	110
V. La quinina	175
VI. La electricidad	203
<i>Referencias bibliográficas en el FCE</i>	245

PREFACIO

Por principio he desconfiado de todo aserto que contenga la frase “la historia nos enseña...” Atribuir a la historia el papel de pedagogo refleja irreflexión; generalmente es hablar a la ligera. Porque las circunstancias de un país a otro, de una sociedad a otra y, sobre todo, de una época a otra son a tal grado variables que mal puede afirmarse que los sucesos del pasado histórico imparten “lecciones” en sentido estricto. En otras palabras, es indefendible proponer que del estudio de lo pretérito se deduzcan principios o leyes generales directamente aplicables a eventos acaecidos en tiempos subsecuentes. Pero esto no quiere decir que el pasado sea totalmente irrelevante para el presente. Si la historia no es didáctica, tampoco es indiferente. No nos dice cómo debemos actuar hoy frente a un caso análogo a otro acaecido ayer, pero sí nos confiere una mejor actitud ante lo nuevo y desconocido: una visión más deliberada, más reflexiva, menos proclive a reacciones excesivas o inapropiadas. En suma, el estudioso de la historia adquiere lo que se ha llamado “una mayor profundidad de la mirada”.

Esta visión es importante al considerar los diversos esfuerzos que se han hecho para entender y combatir las enfermedades. La enfermedad, para el ser humano que la sufre, es siempre una experiencia caracterizada por su desmesura: sobrepasa los límites de las explicaciones racionales y científicas que se le ofrecen. Todo aquel que se encuentra preso del dolor y la angustia de un padeci-

miento serio, queda insatisfecho con meras explicaciones, glosas o interpretaciones de su mal, por muy doctas y autorizadas que sean. El ser sufriente pide socorro a todos los niveles, emite múltiples llamados de ayuda y la sociedad responde a ellos desarrollando múltiples respuestas. Es por eso que en cualquier tiempo se puede encontrar tanto la innovación como el regreso a viejas formas de curar, lo mismo que los procedimientos más rigurosamente científicos como las medidas más absurdas, disfrazadas de originalidad o esoterismo.

En este libro he querido presentar sólo algunos medicamentos y procedimientos terapéuticos que en el pasado fueron parte de la medicina oficial, es decir, sancionados por las organizaciones de facultativos en los países de reconocido liderazgo mundial en medicina y adoptados internacionalmente. El arte de curar ha estado siempre como atrapado entre dos tendencias opuestas: por un lado, la que podríamos calificar de científica o racionalista y, por otro, la esotérica y popular. Intencionalmente he excluido de estas páginas los recursos de las medicinas llamadas “paralelas” o “alternativas”, sobre todo aquéllas dotadas de cierto esoterismo y cuyo poder se supone vinculado de modo misterioso con determinadas personas (brujos, chamanes, curanderos) o con prácticas mágico-religiosas.

Otra cosa es la medicina “tradicional”. Ésta se ha definido como el conjunto de conocimientos y prácticas de índole médica, sustentados exclusivamente por la observación y la experiencia vivida, y transmitidos de generación en generación, ya sea de forma oral o escrita. En algunos países, como México y gran parte de Latinoamérica, la medicina tradicional es especialmente rica, pues extiende sus raíces hasta el pasado indígena, anterior

a la colonización europea. Los esfuerzos por hallarle una base científica son legítimos, útiles y encomiables. La medicina tradicional ha existido siempre lado a lado con la medicina científica; de hecho, sus mutuos intercambios son numerosos y fecundos. Pero tratar de cubrir estos aspectos requeriría varios gruesos volúmenes y mucho mayor conocimiento de la medicina precolombina del que dispongo. En consecuencia, el lector no encontrará aquí ni las medicinas tradicionales ni las alternativas o paralelas. Los recursos médicos descritos son sólo aquellos que formaron parte de la ortodoxia médica en el mundo occidental. Hoy pueden parecernos más o menos disparatados, irracionales o absurdos; sin embargo, se trata de medidas que quedaron consignadas en los más respetados tratados de medicina y farmacopea de épocas pasadas.

Con todos sus errores, la medicina de antaño tenía méritos indiscutibles: era depositaria de la experiencia acumulada durante miles de años. Entre muchos medicamentos inútiles o francamente dañinos, los hubo que eran eficaces, como algunos compuestos a base de plantas, aunque es cierto que eran mal controlados y, por ende, de efectos impredecibles o irregulares. En particular, la medicina del pasado reflejaba un profundo conocimiento del cuerpo humano en su relación con el ambiente. Ya Hipócrates, desde los albores de la medicina, en su obra Aires, aguas y lugares enfatizaba la importancia de conocer las sutiles relaciones del hombre y su entorno. Pero, sobre todo, la medicina antigua supo cultivar y mantener una relación rica y compleja entre el médico tratante y su paciente. Esta relación se basaba en la confianza y contribuía en gran medida al alivio, escaso o considerable, que las providencias de los médicos lograban administrar.

La medicina moderna, con su estrecha dependencia de la tecnología, trae consigo una deshumanización, que numerosos comentarios en la época actual han puesto de relieve. Los admirables avances que hemos presenciado en los últimos 50 a 60 años (antibióticos, trasplantes de órganos, exploración del interior del cuerpo, biología molecular, incremento de la longevidad promedio, etc.) se acompañan de una actitud triunfalista de la medicina, que a su vez acarrea tratamientos excesivamente agresivos, mal soportados y costosos. El enfermo se siente indefenso, impotente, solo y vulnerable. Creo justificado afirmar que algunos de los tratamientos actuales serán juzgados en el futuro con el mismo altivo desdén, befa y desestima con que hoy contemplamos los que se describen en este libro.

Sin embargo, está claro que sería impropio fomentar la nostalgia por la medicina del pasado. La más somera ojeada a la medicina de aquellos tiempos basta para revelarnos la terrible dureza de las condiciones que nuestros antepasados soportaron. La ignorancia de los médicos de épocas anteriores tuvo consecuencias espeluznantes. El estudioso de la historia se da cuenta de la aberración que es querer engalanar las miserias del pasado con falsos adornos y engañosos afeites. La “profundidad de la mirada” no es una cualidad que hace ver bellezas o virtudes donde no las hay. Es más bien el modo de ver que confiere una profunda compasión por los sufrimientos de quienes nos han precedido y una vívida conciencia de la solidaridad que nos une con las generaciones anteriores, que lucharon contra la enfermedad y murieron, es decir, que se enfrentaron a la vida tal como nosotros.

I. EL CUERPO HUMANO COMO MEDICAMENTO

DESDE siempre, el hombre trató de aliviar sus males aplicándose material humano. Tal vez uno de los remedios más antiguos fue lo que un historiador llamó el “polvo de hombre”, es decir, una sustancia pulverizada proveniente de cuerpos momificados. Las indicaciones médicas eran muy amplias: supuestamente el polvo de momia servía para sanar fracturas, aliviar contusiones y curar la jaqueca, la tuberculosis, la parálisis, el dolor de garganta y muchos otros padecimientos.

La introducción de este original remedio se atribuye a los árabes, a quienes se debe también la palabra *momia*. Al español pasó a través del latín *mumia*, pero el vocablo procede del árabe *mumiya*, “cuerpo embalsamado”; a su vez de *mum*, “cera”. Por transferencia, se aplicó a diversas materias grasas o glutinosas. En inglés, una expresión arcaica decía *beat to a mummy*, que puede traducirse libremente como “golpear hasta dejar hecho momia”. En su acepción actual el término se usa desde aproximadamente el año 1600, pero con anterioridad, y a partir de 1400, la connotación más común era una sustancia procedente del cuerpo de una momia y usada con fines medicamentosos.

La gente de todos los pueblos está siempre dispuesta a adoptar remedios que excitan la imaginación, y el uso de la momia, uno entre millares de productos carentes de efecto terapéutico (y no pocas veces dañinos),

resultaba particularmente atractivo: la momia egipcia sugiere ceremonias misteriosas y antiquísimas encantaciones mágicas. El remedio estaba destinado a adquirir un gran auge y así fue: tanto los pobres y supersticiosos como las personas de clases acomodadas y con mejor educación creyeron en las virtudes curativas del polvo de momia. Se dice que el rey Francisco I de Francia llevaba siempre consigo un saquito lleno de polvo de momia mezclado con ruibarbo. Las propiedades terapéuticas atribuidas a esta preparación iban más allá de toda ponderación. Se pensaba que sería útil tanto ingerida como en aplicación externa, es decir, lo mismo en enfermedades de los órganos internos que de la piel, y aun en heridas o fracturas.

Sin embargo, hubo escépticos, entre los que cabe destacar la figura señera del gran cirujano francés Ambroise Paré (1510-1590), cuya oposición a esta creencia resulta singularmente llamativa en una época de credulidad extrema. Una anécdota en la vida de Paré dice que un distinguido señor, Monsieur Christophe des Ursins, se lesionó gravemente al ser arrojado al suelo por su montura. Llamaron a Paré para atenderlo; el cirujano lo encontró inconsciente. Aplicó las medidas que consideró necesarias y el resultado fue favorable; pero cuando el paciente recobró sus sentidos reclamó a Paré no haber usado el polvo de momia sobre la herida. Evidentemente, el herido repetía una creencia muy difundida, a saber, que el polvo de carne de momia era una magnífica medicina para heridas y contusiones. Esta ocasión fue propicia para que el terapeuta despotricase contra el uso injustificado de dicha sustancia. Su oposición le valió la animadversión de la Facultad de Medicina de París, pero no cambió de opinión. Siguió pensando que el supuesto remedio no sólo

era inútil, sino definitivamente peligroso. En 1582 escribió un tratado titulado “Discurso de la momia, de los venenos, del unicornio y de la peste”, donde dice:

Los antiguos árabes, judíos, caldeos y egipcios jamás pensaron en hacer embalsamar sus cuerpos para ser comidos por cristianos; sino que tenían en tan grande honor, reverencia y recomendación los cuerpos de los fallecidos, por la esperanza de la resurrección, que indagaron cómo embalsamarlos para conservarlos y guardarlos por siempre.¹

Agenciarse momias egipcias no era cosa fácil; sin embargo, como la demanda era enorme y el comercio lucrativo, proliferó la falsificación. Hubo quienes robaban el cuerpo de los ajusticiados y vendían los productos obtenidos a los boticarios como provenientes de auténticas momias egipcias. El polvo de momia se parecía a la colofonia, una resina obtenida por destilación de la trementina. El procedimiento usado por los falsificadores era horrendo. Tras robar el cuerpo de un ejecutado, o de una persona fallecida cuya tumba violaban, le extraían el cerebro y las vísceras, y lo desecaban en un horno. Después cubrían el cuerpo con una sustancia bituminosa (asfalto, resina de ciertos árboles y otras sustancias gomosas) y lo desmenuzaban o pulverizaban. Los fragmentos eran vendidos a boticarios bajo falsas premisas, por ejemplo, que los comerciantes habían obtenido

¹ Son éstas las frases que abren el primer capítulo del libro de Ambroise Paré, *Discours d'Ambroise Paré, conseiller premier chirurgien du roi, à sçavoir, de la mumie, des venins, de la licorne et de la peste. Avec une table des plus notables matieres contenues esdits Discours*, Gabriel Buon, París, 1582.

el material de un marino portugués venido de Egipto u otros embustes de similar calaña. No se le escondía al perspicaz Paré el origen espurio de la mercancía. Decía el célebre cirujano que las tan llamadas momias egipcias eran “hechas en nuestra Francia”. Y agregaba con ironía que, a pesar de ser de manufactura local, eran iguales a las importadas de Egipto, puesto que “ninguna de las dos servía para maldita la cosa”.

En Europa, durante el siglo xv, la gran demanda de momia (en polvo y en otras formas) provocó en Egipto el desarrollo de una verdadera industria necrológica. No escaseaba el material, por lo menos al principio, antes de las prohibiciones, pues los antiguos egipcios embalsamaron miles de cuerpos. Las tumbas con cuerpos embalsamados de hombres y de animales eran los depósitos del codiciado material; eran verdaderas minas para macabros traficantes. A mediados del siglo xv, en Alejandría se podían comprar despojos mortales a determinado precio el quintal (100 libras o 46 kilos). Los conocedores sabían o pretendían saber que existían diversas clases: había momias de jóvenes vírgenes muertas por accidente, en perfecta salud. Éstas eran las más caras. Otras, menos valiosas, eran de sujetos de edad más avanzada y sin indicación de estado virginal. Las había también en pésimo estado de conservación, en las cuales los materiales usados en el embalsamamiento se encontraban a muy baja concentración; naturalmente, eran las más baratas.

El consumo de medicamentos a base de momia alcanzó gran popularidad. De ahí que algunos médicos se preguntasen cuál podía ser el efecto de su consumo habitual. No habiendo estudios serios sobre el tema, los historiadores de la medicina jamás podrán saber si este

pretendido medicamento tuvo jamás alguna utilidad o, como es más que probable, si fue un veneno y, en ese caso, de qué grado de toxicidad. *A priori*, es fácil estar de acuerdo con la invectiva de Paré contra el uso de este remedio:

Nos hacen tragar indiscriminada y brutalmente la carroña pestilente e infecta de colgados, o la más vil canalla del populacho egipcio, o de variolosos, o apestados, o ladrones. Como si no hubiera otra manera de salvar a un hombre que ha sufrido una caída desde una altura, contusionado y molido, sino ¡insertándole otro hombre dentro del cuerpo! Y como si no hubiera otra manera de recobrar la salud que a través de la más brutal inhumanidad.²

Tampoco se crea que Paré era un genio mucho más adelantado que la época en que le tocó vivir. En su escepticismo sobre las momias y otras curaciones fantásticas, así como en su prudente actitud e innovador intelecto, se nos revela como un médico brillante: una figura de alto relieve en la historia de la medicina. Pero, cualquiera que lea su tratado *De los monstruos y los prodigios*, se dará cuenta de que Ambroise Paré era un hombre muy de su tiempo, dispuesto a dar crédito a la existencia de seres fantásticos y alucinantes: hombres con ojos en la espalda, niños con cabeza de perro, peces con garras y piel de cocodrilo, seres marinos con cabeza que semeja un fraile y muchas otras patrañas por ese estilo.

² *Idem*. El libro de Paré puede consultarse en la Biblioteca Interuniversitaria de Francia en: www.bium.univ-paris5.fr/histmed/medica/cote?06290 (sitio visitado en septiembre de 2012).

Cundió este peculiar medicamento a partir de las postrimerías del siglo xv, a tal grado que durante los siglos xvi y xvii no había una tienda de boticario europeo que no tuviera fragmentos de momia. Lo mismo sucedía en bibliotecas y en gabinetes de curiosidades de sabios o eruditos. Este producto debió de haber representado un verdadero problema de salud pública por su alto consumo y las condiciones detestables de su preparación. Un texto antiguo dice que algunos comerciantes sin escrúpulos embalsamaban cuerpos sin usar otra sustancia que el asfalto, porque

no cuesta más de un *sou* la libra, y con esto rellenan la cabeza y el interior del cuerpo, hendiendo las partes musculosas de los brazos, los muslos y las piernas, y colocando esta droga en las hendiduras; después ponían vendajes bien apretados en las partes susodichas, y las exponían al calor del sol, y las desecaban tan bien que se parecían muy de cerca a las momias antiguas...³

Paré narra una conversación que tuvo con Guy de la Fontaine, médico del rey de Navarra. Este galeno había viajado por Egipto, y Paré tenía mucha curiosidad por enterarse de cómo se disponían las momias para el uso medicamentoso. La Fontaine relató que, estando en Alejandría en 1564, visitó una tienda donde pudo ver un grupo como de 30 o 40 cuerpos momificados, amontonados unos sobre otros. Inquirió al comerciante sobre cómo había podido obtenerlos de las tumbas egipcias antiguas y si perduraba algún escrito que describiera el

³ Citado por Legrand d'Aussy en *Des sépultures nationales, et particulièrement celles des rois de France*, J. Esneaux, París, 1824, p. 131.

método de embalsamamiento que se practicaba en la Antigüedad, oyendo lo cual el interpelado se echó a reír, diciendo que no había tal y que él mismo los preparaba. El método era como se ha descrito: evisceración, infiltración de los tejidos blandos con pez o asfalto, y desecación al calor por varios meses, previa envoltura con apretadas vendas infiltradas de asfalto y resinas. Se trataba de cadáveres de esclavos y otras personas, pero el comerciante aseguraba que una vez embalsamados no habría quien pudiera reconocerlos. Terminaba el mercader diciendo que se maravillaba de la avidez con que los cristianos consumían momias y que era imposible que de las tumbas egipcias pudieran extraerse suficientes cadáveres para suplir la enorme demanda europea.

Por supuesto, no faltaron bribones europeos dispuestos a satisfacer la demanda local. Proliferaron los embalsamadores, ya fuera para vender su “mercancía” como fármaco o para lucrar de alguna otra forma. Tal fue el caso de unos truhanes en Amberes, quienes exhibían un cadáver momificado en 1649 y, pretendiendo que se trataba de un rey egipcio, cobraban la admisión a los espectadores; para mejor hacerlo pasar como genuino monarca, habían puesto una corona en su cabeza y un cetro en una mano. El famoso superintendente de finanzas de Luis XIV, Nicolás Fouquet, famoso por sus extravagantes gastos (causa, eventualmente, de su ruina), tenía dos momias en su mansión de Saint-Mandé, cerca de París, las cuales exhibía en sendas cajas. Se las habían vendido haciéndolas pasar como los auténticos restos mortales de dos muy famosos faraones.

Tanta impostura creó dolores de cabeza a los egiptólogos europeos. Algunos culparon de inexactitud a escritores antiguos como Herodoto, Diódoro el Siciliano

(Diodorus Siculus) y otros, notando que sus descripciones sobre las costumbres egipcias de embalsamamiento no coincidían con las observaciones que se hacían sobre las momias mismas. Ignoraban tales expertos que habían realizado sus observaciones en momias falsas, de modo que ellos mismos, no los antiguos cronistas, eran las víctimas del error.

Un explorador francés del siglo xvii, viajando por Medio Oriente y Asia Central, notaba que en Egipto y en Bactriana (nombre de una parte del antiguo Imperio persa, que actualmente corresponde a áreas de Afganistán, Uzbekistán y Tajikistán) existen zonas de desierto tan secas y calientes que los cadáveres de personas que fallecen durante las tempestades de arena y quedan enterradas ahí, se encuentran en perfecto estado de momificación cuando son recuperados tiempo después.⁴ Antes del francés, otros viajeros europeos habían notado, por lo menos desde el siglo xvi, que los candentes desiertos de Arabia preservan los cuerpos momificados sin necesidad de recurrir a los procedimientos de embalsamamiento por impregnación de materiales bituminosos. Las momias de este tipo, en las cuales no se había usado asfalto ni brea ni resina de ninguna especie, eran denominadas “momias blancas” y se cotizaban a mayor precio que las negras, cubiertas de asfalto. Supuestamente la potencia terapéutica de éstas era muy inferior a la de aquéllas.

No sólo las partes de la momia misma, sino también el musgo que crecía sobre su cráneo se cotizaba a precio

⁴ Jean Chardin, *Journal du voyage du Chevalier Chardin en Perse et aux Indes Orientales par la Mer Noire et par la Colchide: qui contient le voyage de Parie à Ispahan*, vol. 3, Moses Pitt, Londres, 1686, p. 136. [Existe una nueva versión editada por EEBO Editions-ProQuestm, Michigan, 2011.]

alto. El término *usnea* se usó para designar a este vegetal de pretendida potencia curativa. La palabra viene del árabe y del persa *ushnah*, “musgo”. *Usnea* es en la actualidad un término técnico que designa un género de líquen de la familia Usnidae, género *Gymnocarpus*, del cual existen varias especies. Crece sobre la corteza de los árboles; en las épocas de gran oscurantismo se le atribuían misteriosas cualidades. Dado que se desarrollaba en contacto con la superficie del cráneo de momias o de cadáveres exhumados, se creía que el musgo estaba imbuido de poderes sobrenaturales venidos del más allá. Se lo obtenía raspando la superficie de los huesos del cadáver, y no faltaban quienes rodeaban el procedimiento de un imponente ceremonial; decían que el líquen debía colectarse durante noches de luna, en condiciones cuidadosamente especificadas para optimizar su valor curativo. Mayor misterio, y por tanto mayor poder curativo, se atribuía al líquen raspado de la superficie del cráneo de un criminal ajusticiado en la horca. (Mejor aún si venía con un segmento de la cuerda usada en el ahorcamiento, que el paciente frotaba para “potenciar” el efecto del fármaco.)

Hasta el siglo xvii era fácil encontrar la usnea en la mayor parte de los establecimientos de los boticarios. En los Estados Unidos se la podía encontrar sin dificultad hasta en tiempos de la Guerra de Independencia, es decir, en el último cuarto del siglo xviii. Hoy se sabe que los líquenes del género *Usnea* tienen ácido úsnico (también conocido como “usnina” o “ácido carbúsnico”), compuesto con actividad antibacteriana. No es ocioso recordar que la penicilina fue también originalmente obtenida a partir de un hongo. Sin embargo, no existen estudios controlados que establezcan su eficacia en la

medicina, y tampoco es probable que la forma errática como se usaba produjera las portentosas curaciones que se le atribuían.

¿De dónde brotó la peregrina idea de ingerir fragmentos de momia? Karl Dannenfeldt escribió un artículo de admirable erudición donde opina que la idea pudo originarse en un malentendido y en defectuosas traducciones.⁵ Los pueblos del Medio Oriente tenían una muy antigua tradición de usar sustancias bituminosas, y del término *mum*, “cera”, se derivó la palabra *mumiya* para designar dichas sustancias. El “bitumen de Judea” (*bitumen Iudaicum*), abundante en la zona del mar Muerto, era conocido en la Antigüedad como antídoto contra venenos y como medicamento útil en los traumatismos, comúnmente aplicado a extremidades con fracturas o contusiones. El gran médico persa Razes (murió en 923), famoso por su práctica en Bagdad, pasa por ser quien primero usó la palabra *mumia*. En otras palabras, originalmente este vocablo se usaba para designar al asfalto, la brea, la pez y sustancias bituminosas que se usaban como medicamentos, sea como antídotos, sea como bálsamos para tratar contusiones y otros traumatismos.

Más tarde, cuando las obras de los médicos árabes fueron traducidas al latín, se generalizó en el Occidente la idea de que había un material odorífero, brillante, negruzco, que se encontraba en las tumbas egipcias y que de algún modo transformaba el líquido de los cadáveres sepultados según los procedimientos acostumbrados en ese país. Es decir, *mumia* pasó a significar “ma-

⁵ Karl H. Dannenfeldt, “Egyptian Mumia: The Sixteenth Century Experience and Debate”, *The Sixteenth Century Journal*, 16 (2): 163-180, 1985.

terial bituminoso mezclado con los líquidos del cuerpo de cadáveres”.

Dannenfeldt traza la subsiguiente evolución de la palabra *mumia* haciendo notar que diversos traductores en la Edad Media, como Gerardo de Cremona, Constantinus Africanus y otros, perpetuaron el error de extender la significación del término, del asfalto y sustancias análogas, a exudados aromáticos del cuerpo de las momias egipcias. De ahí a concluir que las sustancias del cuerpo mismo de la momia eran responsables del poder curativo que se les atribuía, bastaba sólo un paso: la transición fue muy fácil. El bitumen de la región era muy oscuro; los cuerpos de los egipcios embalsamados eran también oscuros, y a veces negros. La confusión entonces ya era completa: las propiedades terapéuticas que inicialmente se atribuían al asfalto, pez, resinas y otras sustancias relacionadas, ahora se asociaban con el cuerpo de la momia propiamente dicha.

Cita el mencionado erudito los escritos de médicos árabes que confirman la amalgama de las diferentes connotaciones de la palabra *mumia* —en español, *momia*—. Así, Abd Alatif, médico de Bagdad, visitó Egipto en el siglo XIII y dijo que en El Cairo pudo ver cuerpos embalsamados en cuyo interior existe la sustancia llamada momia. Y añade que por el precio de medio dirhem compró “tres cabezas llenas de dicha sustancia”. El bitumen penetraba las oquedades del cuerpo momificado en forma tan profunda e íntima que muchas veces no era posible distinguir las estructuras anatómicas del bitumen. La identificación objetiva se hacía difícil y paralelamente la confusión de significados crecía.

Cabe notar que sustancias como el bitumen o el asfalto se usaron sólo a partir de la segunda mitad del

milenio que precedió a la era común. Anteriormente, diversas resinas, aceites y especias eran los ingredientes usados en el embalsamamiento. Diódoro el Siciliano (80 a.C.-20 a.C.) da varios detalles técnicos de este proceso. Dice que el cuerpo era vendado cuidadosamente “por treinta días, primero usando aceite de cedro y otras preparaciones, y luego con mirra, canela y especias tales que tienen la propiedad no sólo de preservarlo por mucho tiempo, sino también de impartirle un agradable aroma”.⁶ También estas preparaciones adquirirían un color negruzco, sea por el transcurso del tiempo, sea por el elevado calor al que se les sometía.

En suma, en la época del Renacimiento los cuerpos humanos impregnados de sustancias bituminosas o resinosas se vendían ya bajo el nombre de “momia”, y principalmente por sus supuestas virtudes curativas. Sin duda, el misterio que rodeaba a las antiquísimas tradiciones de este pueblo —sus enigmáticos ritos, sus ceremonias de magia, sus nociones recónditas estampadas en hieráticos pergaminos— daba a todo lo egipcio un aura de imponente poderío sobrenatural. No hay que olvidar que en el siglo xvi la mayoría de las personas creían a pie juntillas en brujas, demonios y maleficios satánicos. Jean Bodin (1530-1596), médico, filósofo y teorizante de religión, política y economía, escribió una obra, *Coloquio de los siete sobre los secretos de lo sublime [Colloquium heptaplomeres de rerum sublimium arcanis abditis]*, en donde narra una anécdota que pone de ma-

⁶ Diódoro el Siciliano, *Bibliotheca historica*, libro 1, cap. 91. Véase la traducción del griego al inglés de C. H. Oldfather, Harvard University Press, Cambridge, 1989, pp. 6-92. [Versión en español: Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.]

nifiesto el respeto que imponía la momia, y en general el esoterismo egipcio, a los hombres de tiempos pasados.

Cuenta Bodin que Octavio (posteriormente nombrado César), encontrándose en Egipto, quiso robarse una momia convencido de que su posesión lo defendería contra toda suerte de enfermedades. Se encontró el cuerpo momificado de un hombre y se hicieron arreglos para mandarlo en un barco mercante que zarpaba del puerto de Alejandría en dirección a Creta. Sucedió que en alta mar se desató una terrible tormenta y el capitán ordenó tirar los equipajes para aligerar la nave. Esta medida no tuvo el efecto deseado: parecía que el barco iba a naufragar. Entonces el capitán dio la orden, so pena de muerte, de que todo aquel que estuviera transportando una momia egipcia debía arrojarla al mar. Esa noche, Octavio dispuso que así se hiciera con la momia que llevaba. La tormenta cesó. Llegando a Creta, Octavio preguntó la razón de la orden del capitán. La respuesta fue que “llevar cadáveres egipcios a bordo siempre hacía que se desataran tormentas” y que exportar momias además era contrario a las leyes egipcias.⁷

Tal era el poder atribuido a las momias egipcias. Se cuenta que los turcos, durante la batalla de Lepanto, llevaban a bordo de una de sus naves una momia egipcia a modo de talismán protector.⁸ A juzgar por el resultado de esa batalla, su poderío como amuleto era tan poco confiable como su eficiencia terapéutica.

⁷ Jean Bodin, *Colloquium of the Seven about the Secrets of the Sublime*, versión en lengua inglesa de Marion D. Kuntz, Princeton University Press, Princeton, 1975, pp. 7-14. [Existe una versión editada por la Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 2008.]

⁸ Dannenfeldt, *op. cit.* Véase su nota 26.